

x-rite

colorchecker CLASSIC



R-48.644

ORACION FÚNEBRE,
QUE EN EL ANIVERSARIO
POR LAS VÍCTIMAS DEL 5 DE MARZO DE 1838,
celebrado en igual día de 1856

EN EL SANTO TEMPLO METROPOLITANO
DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR
CON ASISTENCIA DE LAS AUTORIDADES,

dijo el Dr. D. José Delgado,

Profesor Catedrático de la Universidad Literaria de Zaragoza, Decano de la Facultad de Filosofía, Capellán del tercer Batallón de la Milicia Nacional, Predicador de S. M. etc.

DADA A LUZ
por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional.



ZARAGOZA.

Imp. y Lit. de Mariano Peiro.—Coso núm. 116.

A-1.422-8

Arapon

HESPERIA
Libros Hispánicos
ZARAGOZA

A- 1.422-8

150 ms

PO

W

ated
lta

R-48.644

ORACION FÚNEBRE,

QUE EN EL ANIVERSARIO

POR LAS VÍCTIMAS DEL 5 DE MARZO DE 1838,

celebrado en igual día de 1856

EN EL SANTO TEMPLO METROPOLITANO

DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

CON ASISTENCIA DE LAS AUTORIDADES,

dijo el Dr. D. José Delgado,

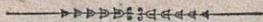
atadrático de la Universidad Literaria de Zaragoza, Decano de la Facultad de Filosofía, Capellan del tercer Batallon de la Milicia Nacional, Predicador de S. M. etc.

DADA A LUZ

por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional.



ZARAGOZA.



Imp. y Lit. de Mariano Peiro.—Coso núm. 116.

REPUBLICAN PARTY

STATE OF NEW YORK

IN SENATE

JANUARY 18, 1900

REPORT OF THE

COMMISSIONERS OF THE LAND OFFICE

FOR THE YEAR 1899

ALBANY:

WHELAN & COMPANY, PRINTERS, 1899.

THE STATE OF NEW YORK

OFFICE OF THE COMMISSIONERS OF THE LAND OFFICE

ALBANY, N. Y.

1900

Considera, Israel, pro his qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati.—Ten consideracion, ó Israel, á los que cubiertos de heridas han muerto sobre tus alturas.

Libro segundo de los Reyes, capítulo primero, versiculo décimo octavo.

Décimo. Señor.

QUÁNDO querrá el cielo que se fijen las opiniones de los hombres? ¿Es posible que no se afirme nunca nuestra inconstancia, y que estemos condenados á fluctuar perpetuamente entre las ideas del bien y del mal, del placer y del dolor, del error y de la verdad, entre juicios y deseos encontrados? En vano será evitarlo, hermanos míos: tal es nuestra condicion, y este día, testimonio palpable de la humana movilidad, ofrece á nuestros sentidos fenómenos contrapuestos, y á nuestra atencion principios y sentimientos contradictorios. Este día viene ya desde la víspera anunciándose con todo el aparato de solemnidad, y el movimiento, la concurrencia, los aires de pláceme, todo indica que se celebra hoy algun suceso memorable. Pero venimos al Templo, y esta pompa fúnebre vemos que suspende el público regocijo, significando que en el hecho que se recuerda hay algo de lúgubre que enluta la festividad. Y pasa el contraste mas adelante: este pueblo que en su entusiasmo y marcial continente convierte la ciudad en campamento, el mismo me conduce á este lugar santo, como si quisiera colocarme entre su júbilo y el luto del santua-

rio. Pueblo, no exijas de mí la situacion equívoca del término medio: yo debo tomar mi partido, y este será el que cuadra mejor al sacerdote cristiano, dispuesto por su carácter á la oracion y al duelo mas que á los acentos de guerra y á los vítores del triunfo.

Hoy es aniversario del cinco de Marzo de 1838, dia en que Zaragoza probó con un hecho heróico, que no se habia extinguido el valor en la Capital del reino, que, siglos atrás, llevó victoriosas las cruces de Iñigo Arista y de Sobrarbe al otro lado de los mares y hasta la entraña de apartados continentes. Vosotros los que fuisteis campeones de la jornada, entregaos en buen hora á las mas gratas emociones; pero dejadme á mí que siga rumbo diferente, y que dirija vuestra alegria segun las leyes de la religion.

De este modo traduzco, y no me engaño, la mente del ilustre Municipio; de este modo me hago lengua de su pensamiento, y creo ser escuchado con ese recogimiento que es el aplauso mudo del alma; de este modo hablaré sin contradiccion de ninguna especie, porque vosotros y yo seremos una misma cosa en el Evangelio. Por mi parte, ageno á toda afeccion de bandería, á todo objeto que no sea la verdad, á todo interés que no sea vuestro aprovechamiento, vengo á hablaros en nombre de Jesucristo, autoridad soberana que no tiene igual en cuanto existe, y contra la cual fuera impiedad toda protesta ó murmuracion. Porque esta cátedra, señores, es un magisterio, es el trono de la moral en que el orador sagrado reina sobre el mundo de las conciencias, es tripode augusta donde el hombre desaparece para dar lugar al oráculo inspirado del Evangelio.

Esto sentado, establezco como base cardinal de mi discurso, que nuestro Dios no es Dios de disension sino de paz. La Iglesia católica, intérprete fiel del espíritu de su Fundador, ha mirado siempre las turbulencias de los estados como justos castigos de sus desvios, y si por hechos de armas previene acciones de gracias y cánticos de alabanza, no es sin deplorar la suerte de las vícti-

mas y el quebranto de los pueblos. El sacerdote, pues, que se modele á este ejemplar, vé siempre con dolor las luchas de naciones entre sí, llora las discordias intestinas, no se afilia jamás á bandera porque ama la salud de todos los contendientes, y cuando Dios parece aprobar con el éxito la justicia de una causa, celebra estas ventajas solo en cuanto son paso adelante en el camino de la paz.

Así aprecio yo el triunfo del cinco de Marzo de 1838, y así puede solemnizarse aquella página de vuestros lauros. Gracias, Excmo. Sr., por el buen orden que preside á la funcion. Yo me felicito de que principie por un acto religioso, como si quisiera sancionarse que la religion debe moderar los ímpetus del patriotismo.

Zaragozanos, hoy repelireis á vuestros compatriotas el espectáculo mas digno de vuestra grandeza, y para persuadiros no necesito apelar á recursos oratorios. Tengo muy presente vuestra correspondencia á mi llamamiento cristiano, cuando en este mismo sitio os exhortaba el último año á que buscarais al Señor del presente y del futuro siglo en demanda de paz para los vivos y de indulgencia para los muertos. Yo recuerdo hasta con ternura la inmediata conformidad de vuestros ánimos cuando os decia: «Trocad, hermanos míos, los hábitos del guerrero por los pacíficos del hombre de oracion, y rogad á Dios, sin escepciones de causa, por las víctimas del cinco de Marzo de 1838, porque la muerte ha extinguido la animosidad de los bandos, y más allá de la tumba no caben parcialidades ni otro juicio que la sentencia del tremendo juez.» Bajasteis conmigo en espíritu al fondo de los sepulcros: allí visteis mezcladas en sosegado reposo las cenizas de los combatientes, depuesta para siempre la animadversion que tanta juventud y esperanzas malograra: y allí en el silencio de aquella region pavorosa parecíanos oír ecos misteriosos, de los unos que dulce y amigablemente solicitaban vuestras oraciones, y de los

otros que pedian por única apoteosis lágrimas y sacrificios. Lejos de haberse notado el mas tenue rumor de repugnancia, el mas ligero sintoma de disgusto, acogisteis mis palabras con efusion cristiana, y yo aprovecho ahora tan generoso instinto para dar curso mas libre á mi pensamiento.

Sin perder de vista, pues, el objeto de esta funcion fúnebre, discurriré sobre los oficios de piedad con los difuntos; pero como se trate de algo mas que de sus honras y sufragios, en nombre de la Iglesia, que aprovecha las ocasiones solemnes para desenvolver sus doctrinas con toda la fuerza de su autoridad, me alargaré á consideraciones que sujieren las alegorias del catafalco.

Yo desprecio por vulgar la preocupacion acerca de las ponderadas dificultades ó delicadeza de esta clase de discursos. El Evangelio es como el sol que difunde su claridad en todas direcciones, y con él en la mano recorreré seguro todos los espacios. A los resplandores pues de su radiante luz espondré mis reflexiones, porque la verdad es patrimonio del púlpito, y toda se la debo á mis oyentes. Prestadme atencion.

Descrito está, Excelentísimo Señor, que Dios no ha hecho la muerte ni gozádose en la perdicion de las criaturas. La muerte ha penetrado en el mundo por la envidia del demonio y por el pecado del hombre. Al consentir en la culpa nuestro primer padre, quedó esclavo vergonzoso del trabajo, de la ignorancia, del dolor, y despues de haber salido de las manos de Dios con las dotes de inmortalidad, hizose mortal y caducó por su rebeldía. Una série continuada de crímenes le ha sumergido en un piélago de desdichas, y precipitándose de una en otra negacion como de abismo en abismo, el miserable de nada puede jactarse sino de ser autor funesto de todo nuestro reato. Sin embargo de tanto

infortunio, la condicion del hombre fuera soportable, á no haberse gustado un mal, en cuya comparacion son como dulces las amarguras de la vida. Hablo, hermanos míos, de esa horrible calamidad conocida con el odioso nombre de guerra, palabra nefanda que envuelve mas desventuras que todo el cúmulo de nuestras desgracias.

En el desatentado furor de inventarse el hombre castigos de su pecado no le bastó perder su noble investidura, rebelar contra sí á los elementos, sublevar en su daño á los animales y abdicar el señorío del universo: ha descubierto el medio de alimentar en sus pasiones otros tantos viboreznos que desgarran sus entrañas, y hasta ha llegado en su insensatez á convertirse en verdugo de sí mismo y á sus semejantes en instrumentos de su ruina. Ni hay quizás un punto, en que el hombre haya ostentado mas su fatal refinamiento, que en los medios tristemente ingeniosos de privarse de la vida. Los patibulos, los tormentos, las armas, los trenes, las máquinas de destruccion, que forman el atuendo de la muerte, demuestran tan infausta como ventajosamente su satánica fecundidad. Hombre temerario, ¿cómo te has atrevido á usurpar á tu Dios, árbitro de la vida y de los tiempos, sus gloriosos atributos de providencia y conservacion?

¡Cuán cierto es, hermanos míos, que si hubiera de escribirse, cual merece, la historia de la humanidad, debieran ser de sangre los caracteres! Apenas hay en sus fastos una sola página que no esté salpicada de manchas, que no rebose en lágrimas y mortandad. Pero la guerra estremece sobre todo encarecimiento, cuando devorándose á sí propia una sociedad, se rompe el equilibrio de los pueblos, que por la unidad de sus leyes, de su religion, de sus hábitos debian tener comunes igualmente sus intereses.

Nada sucede en verdad que el hombre no merezca; pero al Dios de clemencia debemos el doble reconocimiento de poder dulcificar los sinsabores de la vida. No hay pérdida ni quebranto que no ten-

ga en la religion su reparacion y su consuelo: preséntese una miseria cualquiera, y es indudable que la religion habrá adivinado el pensamiento y prevenido su remedio; y cuando no la disipe realmente, la suaviza con la creencia de que es la expiacion anticipada de nuestros pecados. Asi el cristiano hace santidad del infortunio, y mérito de la necesidad de padecer.

Y no se concreta lá religion á los efectos del pecado, estiende al pecado mismo sus benéficas influencias. Tiene en sí recursos suficientes para perdonar la culpa, hacer temporal la pena, y aun para reducirla señalando como limites á la justicia divina. Con gusto me estenderia sobre el punto de la inmortalidad del alma, si dispusiera de espacio, ó la fé del auditorio no hiciera vanas mis razones. Mas tratándose de oficios de piedad con los difuntos, no puedo dispensarme de recordaros aquellas dos prisiones que se mencionan en el Evangelio. La una eterna, cerrada por la inmensa profundidad de un caos, destinada al pecador que ha violado el pacto sagrado del bautismo, y despreciado con su impenitencia la sangre purificadora del Calvario. La otra prision es aquella, que nadie, según se ha dicho, dejará hasta haber pagado el último cuadrante, y que una piadosa creencia supone habitan las almas de vuestros compañeros que sellaron con sangre su ardiente patriotismo. La muerte no los ha divorciado de nosotros: mas allá de la vida mantienen perenne el fuego sacrosanto del dogma y aquel sentimiento, por el que son con nosotros miembros de la Iglesia de Jesucristo.

La parte que en ellos sobrevive á la materia mora en las mansiones del dolor, y aguarda el dia del rescate librando sus esperanzas en el fervor de nuestras oraciones. Desde allí unidos con nosotros por los vínculos de una caridad inextinguible ruegan sin cesar por los viadores, y esclaman, cual otro Job, á los que estamos en la vida del merecimiento: «Compadeceos de mí al menos vosotros que sois mis amigos, porque me ha herido la mano del

Señor.» *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me.*

Y ¿qué cosa mas propia de la humanidad y de la religion que cooperar á la salud de hermanos muertos en el Señor? Hé dicho à propósito la *humanidad*, como quien de paso responde á ciertos espíritus frívolos, que en sus afectados alardes de filosofía que no conocen acogen con desdeñosa sonrisa nuestra creencia sobre la expiacion de la otra vida, sobre la purificacion de las almas y valimiento de nuestros ruegos. Yo desafio á estos preciados filósofos á que me prueben la existencia de un solo pueblo, de una tribu antigua ni moderna, en cuya historia, en cuyo sentimiento no esté mas ó menos claro este misterio del cristianismo. Respondánme, si se conoce una sociedad sin los caractéres del género humano, una horda salvaje organizada con otro mecanismo, una familia errante que haya podido renunciar á su fama, á su gloria y á su conciencia, que no ostente en sus tradiciones cierta nocion de nuestra inmortalidad impresa por el dedo de Dios. Los monumentos, las inscripciones, el exámen de la sabia Corporacion (1) que mas profundamente investiga los hábitos del antiguo y del nuevo mundo, todos los progresos en las ciencias de observacion vienen confirmando nuestro artículo de fé.

Si consultamos á la religion, la presente ceremonia nos dice que vela sobre los hombres procurándoles los bienes eternos más aun que los temporales. Y ¿cosa digna de notarse! no haremos un bien jamás, sin que, aparte de la aplicacion de la obra, recibamos como en premio su inmediata recompensa. La costumbre, por ejemplo, de rogar por los difuntos, sobre que abrevia la purificacion de las almas, dispierta en nosotros la dulce memoria de nuestros padres, establece con ellos cierto comercio espiritual y deleitable, inspira respeto á nombres venerandos, y ofrécenos en sus hechos ejemplos de imitacion. Destruir estas conmemoraciones, esta tier-

(1) Academia francesa de las Inscripciones.

na comunicacion de la vida con la muerte valdria tanto como su-
blevaros contra la naturaleza, contra el cristianismo y toda tradi-
cion. Es justo, pues, Zaragozanos, es razonable que honreis la
memoria de los mártires de la independencia.

La patria, la humanidad y la religion en intimo consorcio rin-
den estos cultos por las victimas del dia cinco de Marzo. La pa-
tria predica las alabanzas de sus hijos, y derrama una lágrima de
amor y de gratitud sobre sus tumbas: la humanidad toma su par-
te en las tribulaciones, y nos manda ser misericordiosos para que
los atribulados alcancen misericordia: la religion ordena nuestras
plegarias, y prosternándonos ante el trono del Altísimo, «Dad, Se-
ñor, dice, la luz del cielo á las almas de vuestros creyentes.»
Lux perpetua luceat eis.

Pagado este tributo al piadoso recuerdo de nuestros hermanos,
me ocuparé brevemente, porque otra cosa no cabe ya, en algunos
puntos importantes, propios de la funcion civico-religiosa. Hoy
que en boca de todos andan ciertos nombres y cuestiones, interés
del púlpito es manifestar á la faz de todos los bandos en que por
desgracia estamos divididos, que esta cátedra debe salir á la de-
fensa de los buenos principios desvaneciendo errores allí donde
se conozcan, eradicando preocupaciones de cualquiera especie, pre-
dicando el amor universal, y haciendo un llamamiento general al
Evangelio, fuera del cual ni encuentra verdad el entendimiento ni
repose el corazon.

Los símbolos que adornan la pompa de este túmulo indican no
ser ordinaria la causa que ha sacrificado las victimas del aniver-
sario, y si yo la preguntára á mis oyentes, mil veces me respon-
derian que habian sucumbido por su amor á la libertad. Esta es
cabalmente la contestacion que yo busco para mis consideraciones
que ofrezco tranquilamente á vuestra atencion.

Todas las palabras que representan una gran idea frecuente-

mente han parado en fórmulas de escuela, y han sido objeto de adoracion y de abuso. Asi la religion, la filosofia y la libertad se han controvertido variamente, cuando no debieran salir de su primordial significado. Se ha dado el nombre de religion á creencias mezquinas sin obras, ó á un simulacro de culto que parata de un corazon seco, y aquel sentimiento generoso, destinado á las relaciones entre el hombre y Dios, se ha equivocado lastimosamente con el fanatismo y la hipocresía, escollos del uno y del otro extremo. Se ha llamado filosofia al superficial desfloramiento de la ciencia, á pedantescas argucias y á una lenguaz sofisteria. Se ha dado el nombre de libertad á la relajacion de los vínculos sociales, á toda rebelion y al despotismo de las turbas. De tales desvíos, fomentados por la ignorancia unas veces y otras por la mala fé, han surgido errores trascendentales.

El error grave sobre todos, fermento disolvente del siglo diez y nueve, es el haber sacado á campo la religion y la libertad, poniendo frente á frente las dos pasiones mas nobles, las mas propias de almas elevadas y de corazones magnánimos; y á estas dos ideas de nacimiento comun se ha pretendido divorciar convirtiéndolas en banderas de partidos encarnizados. ¡Dios mio! ¿cómo há podido separarse la causa de la libertad de la causa de la religion, siendo la una de la otra su gloria y su fuerza respectivamente? ¡Insigne desvario del entendimiento humano! Subid conmigo, hermanos mios, á los orígenes del cristianismo, y vereis á la religion y á la libertad marchar en íntima concordia, prevalecer y triunfar la una por la otra.

Pasada la corta tranquilidad dispuesta por la Divina Providencia para que el mundo en paz saludara la venida de su Salvador, suceden de nuevo sacudimientos y turbaciones tan violentas, que parecia protestaban los hombres su vergüenza ó arrepentimiento por el instante de tregua que á sí mismos se habian concedido. Ocioso es recordar el estado de los pueblos en el imperio romano. No

es posible hoy degradarse, ni en idea, hasta aquel abismo del vicio. Roma era un inmenso foco de corrupcion: las provincias flotaban entre la anarquía popular, el desenfreno de la soldadesca y el mas tiránico despotismo: los Césares eran los verdugos y la infamia de la humanidad: el mundo no ha conocido ni conozca tal vez tanta monstruosidad de crímenes y perversión. El emperador Tito, los Antoninos y Marco Aurelio intentán, pero sin éxito, contener el inminente cataclismo: solo un Dios pudo evitarlo. ¿Qué fuera del mundo, si el cristianismo no hubiera recogido los naufragos restos del linaje humano? Discúrranse todas las hipotesis, y no hay una imaginable, bajo la cual se vea que el Evangelio no haya precavido la destruccion de la sociedad. Veamos el medio.

Id á enseñar, dijo Jesucristo á sus discípulos: *Docete omnes gentes*. En cumplimiento de este mandato levanta el cristianismo la bandera de la ilustracion, y con ella funda la base de una nueva organizacion social que mejore moral y politicamente los pueblos. La religion se sirve, para asegurar su triunfo, de la libertad, y la libertad á su vez por medio de la religion conquista la igualdad moral que desde entonces viene esta cátedra predicando á todos los potentados. Enemiga la religion de la fuerza, condenando la insurreccion armada, y privada de todos los medios legales para plantear su sistema da principio por reconocer y respetar todas las formas de gobierno, predica á sus próselitos y les impone obediencia á las potestades, imágenes de Dios sobre la tierra; pero encarna en la sociedad el gérmen de emancipacion mas noble que pudiera concebirse. Manumite y dá derechos al esclavo, ennoblece á la muger, estrecha los lazos de familia, quiere ser libre para dar culto á su Dios, para discutir, congregarse y enseñar, dilata las miras mezquinas del paganismo en una filosofia que eleva la razon mostrándole horizontes desconocidos con las ideas de la eternidad, de la espiritualidad y del infinito, inicia todas las libertades que solo y únicamente con la religion cristiana pueden subsistir, últi-

mamente, señores, el liberalismo de la religion llega al punto, que seria escándalo en otras creencias, de admitir en su seno al criminal, de acogerle cuando la sociedad le arroja como á miembro gangrenado, de consolar sus últimos momentos, y, lo que es mas, de abrirle las puertas del cielo bajo el titulo de hijo de la penitencia. Decidme ahora, hermanos míos, si la libertad no ha sido la primera conquista y uno de los principales misioneros y agentes de la religion.

La ley de la humanidad es la ley del progreso, conforme absolutamente con el genio del cristianismo. Consistiendo el progreso en el triunfo de la virtud sobre el vicio, de la ley sobre la ilegalidad, de la razon sobre la fuerza, de la verdad sobre el error, de la libertad sobre toda tiranía, sea de uno, de muchos ó de todos, la religion cristiana ha inaugurado en el mundo el reinado por completo de aquella ley, y con todo lo indicado y el derecho político en tiempo de paz, y el derecho de gentes en el de guerra establece ese equilibrio, el solo que da honor á Dios, confiesa su providencia y respeta la dignidad humana.

En el curso de los siglos ha ido la religion oponiéndose, siempre y bajo cualquiera gobierno, á todo poder incondicional, y tiene la gloria de haber favorecido á los pueblos con sus principios mas que las monarquías con su honor, mas que las repúblicas con su civismo, mas que el absolutismo con su servidumbre. Andando los tiempos, cuando la soberbia de los barones y la ignorancia de los pecheros tenian por única subsistencia las facciones y el servilismo, la libertad, cuyos gérmenes fecundantes se abrigaban en los sínodos y concilios, se dejaba oír, y deliberaba, dando á las santas asambleas cierta dignidad, cuando envilecido todo en su derredor carecia de este sentimiento. La libertad, reguladora de todos los poderes, nivelando discretamente la desigualdad de las condiciones, ha defendido al pueblo contra los grandes, al soberano contra los magnates, al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor siempre, y hé aquí, por qué el espíritu liberal

ha sufrido alternativamente las persecuciones de todos, de la monarquía, de la aristocracia y del pueblo.

Quien pretenda persuadir que la religion y la libertad se repelen mutuamente, y que son enemigas declaradas, debe probarnos antes, primero, que la formacion de las sociedades modernas (mas liberales por cierto que las mas libres repúblicas de la antigüedad) era obra del obscurantismo: segundo, que el catolicismo es el adversario implacable de la civilizacion. Tended conmigo la vista por el mundo, y contemplad los grados de libertad en los pueblos idólatras, y hasta en los cristianos, cuya religion de estado no es el catolicismo. Tendedla libremente, y no me presenteis como escepcion las libertades inglesas, porque yo haré confesar á la Irlanda el tanto de libertad que le consiente el Leopardo de la Gran Bretaña.

Si aparte de lo que consigna la ciencia, de lo que refiere la historia, de lo que tradiciones venerandas dicen á la conciencia, se quieren pruebas de autoridad, oigan los hombres de la varia escuela á Jesucristo en el Evangelio de S. Juan.—«Si permanecieris en mi palabra, conoceréis la verdad y la verdad os libertará:»—á S. Pablo: «Jesucristo nos ha dado la libertad; el que ha sido llamado para ser libre no es esclavo de nadie sino de Cristo:— el Señor es espíritu, y donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad.» Oigan á la Iglesia que hablando con Dios le pide diariamente *ut securá tibi serviat libertate*, servirle con segura libertad. En el mismo sentido de alianza de la religion y de la libertad se espresan con Montesquieu publicistas irrecusables á todos los partidos.

Pero ya que conocemos, me direis, nuestros deberes como católicos, quisiéramos saber los del hombre que desea ser libre sin renunciar á ser cristiano. Pues bien: hed aquí vuestro catecismo.

El hombre que se precie de liberal amará á su patria y observará sus prácticas, será justo consigo y equitativo con los demas,

defensor de sus derechos pero sujeto á la ley, solícito de su emancipacion sin llegar á la rebeldía, enérgico para no consentir su envilecimiento pero atento y respetuoso con el poder, enemigo de toda agresion y moderado en la resistencia, reivindicador de su propio fuero y salvaguardia del ajeno, partidario y procurador del equilibrio sin prescindir de los títulos del merecimiento, sentido en sus quejas y templado al esponerlas, inexorable con el crimen y la arbitrariedad pero ajustado en su indignacion á los límites legales, como político menos absoluto en los principios que discreto en las aplicaciones, libre pero nunca licencioso, independiente y siempre subordinado. Aun os recordaré las palabras de S. Pablo á los Galatas sobre el uso de la libertad. «Hermanos míos, dice, habeis sido llamados á la libertad; pero cuenta no la convirtais en ocasion de sangre: antes bien servíos mutuamente por la caridad del Espíritu Santo, porque, si os mordeis los unos á los otros, temed el dia en que seais á vuestra vez devorados.»

Para dar fin á mi discurso me falta una última reflexion. Enviado Jeremías á profetizar decia á los hijos de Israel: *Ecce ego prædico vobis libertatem*. Igualmente yo en nombre de Jesucristo os predico la libertad; pero os predico la libertad ilustrada, la verdadera, la majestuosa, no la libertad ignorante, ni la falsa ni la del terror; la libertad llena de gracias, orlada con la aureola de la felicidad, no la libertad anárquica é infecunda; la libertad ceñida con la blanca investidura de la inocencia, que ostenta en su mano el ramo de oliva, que representa el orden, que dá fuerza y apoyo á los gobiernos, no la libertad embozada con el pardo sayal del crimen, que rechaza todo freno, y disputa y roba su mando á la Autoridad; la libertad, delicia de los pueblos, que todo lo asimila y organiza, no la que descompone y disuelve; no la que está emponzoñada con el hálito impuro del ángel del esterminio, sino aquella libertad que baja del cielo, suavísima emanacion del es-

piritu de Dios. Valientes Nacionales, mis amados Zaragozanos, proclamad esta libertad, y sed con ella dignos de vosotros sin desdecir un punto de vuestro heroismo. Id, pues, en paz á saludar al frente de vuestras banderas esta libertad santa; pero antes de salir del Templo pedid al Señor la vida perdurable para los muertos, y para los vivos aquella paz, hija de la caridad cristiana, que nos haga buenos ciudadanos de la tierra en tiempo y del cielo en la eternidad. Amen.

Zaragoza 5 de Marzo de 1856.

José Delgado.

os,
sin
lar
de
los
is-
y

